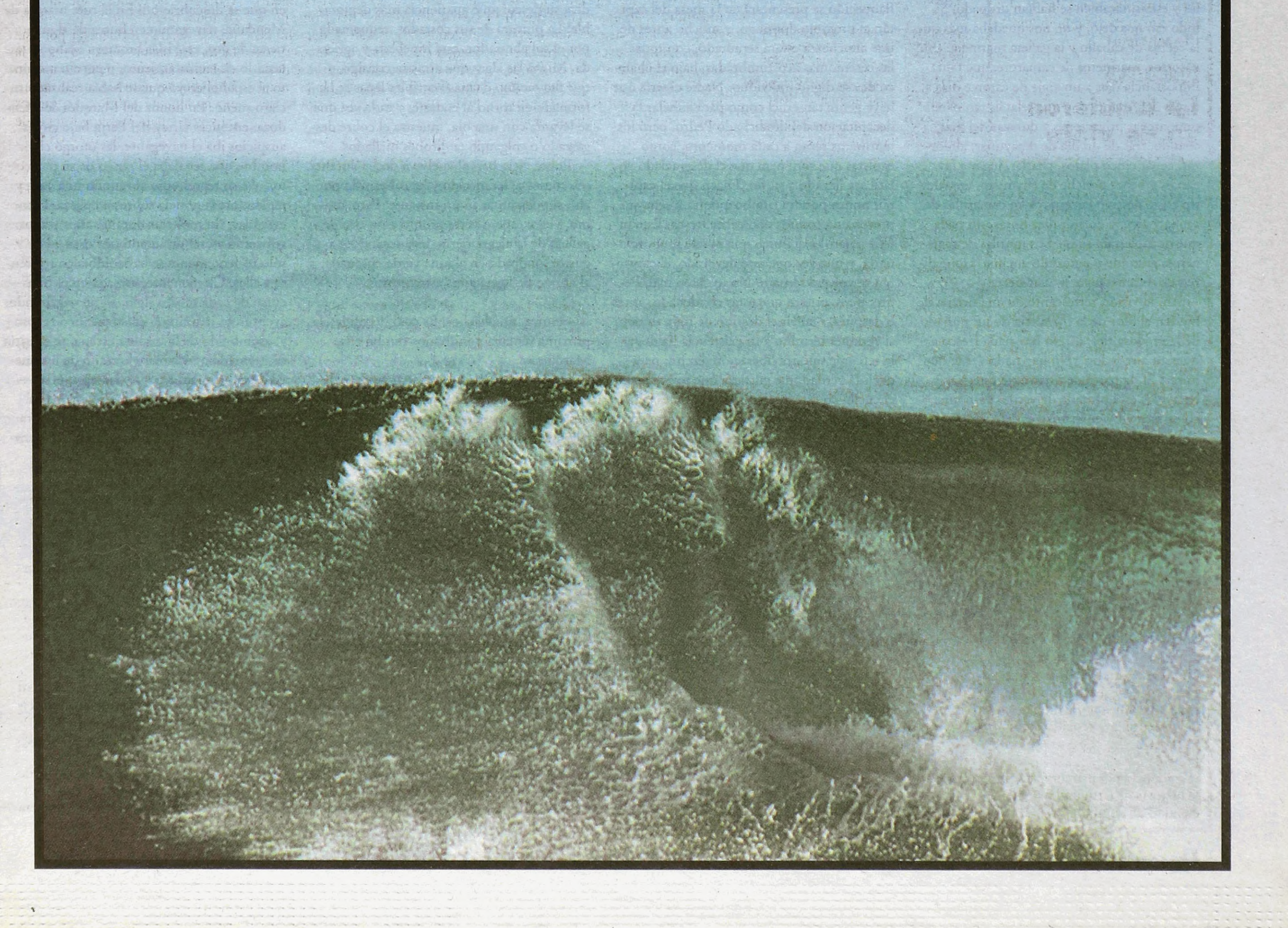
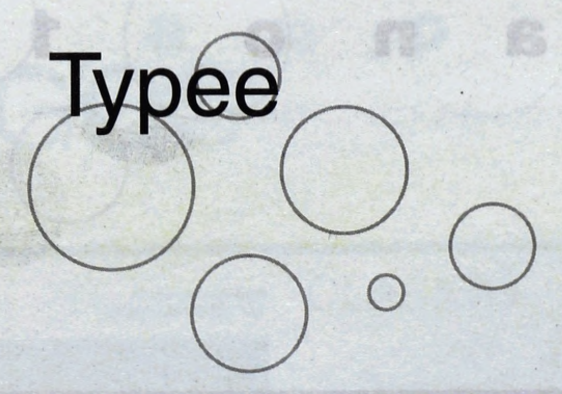
AGUA

Por Rodrigo Fresán

Hubo un tiempo que el verdadero bautismo de fuego –el rito de pasaje e iniciación de una vida– sólo podía tener lugar en el agua. Salada, de ser posible. Tal fue el caso del norteamericano Herman Melville (1819-1991) considerado por algunos –con cierta cursilería– como "el poeta del mar", y por otros como el escritor más bizarro y eternamente moderno en toda la historia de la literatura. Melville nació en Nueva York en el seno de una familia de respetables hombres de negocios. Pero su padre se arruinó primero, enloqueció después, murió cuando Herman tenía doce años –quien jamás se repuso de la experiencia desarrollando un terror ciego a la pobreza– y las circunstancias obligaron al muchacho a trabajar para mantener a los suyos. Primero fue empleado de banco, después maestro y más tarde granjero. Pero la tierra firme le molestaba en los pies y no demoró –recién cumplidos los diecinueve años– en apuntarse para marinero en un barco con rumbo a Liverpool. Siguieron varios viajes y en uno de ellos abandonó su ballenero para quedarse a vivir en las islas Marquesas en compañía de amables caníbales. Alguien le sugirió que pusiera por escrito sus experiencias acuáticas y Melville se convirtió, casi instantáneamente, en un escritor de viajes muy popular. Una especie de Paul Theroux de los mares. *Typee* (1846) rescata sus días con los antropófagos y ya incluye buena dosis de ficción cuasi mística pescada con el anzuelo de la alegoría política. Siguieron *Omoo* (1847) y *Mardi* (1849) –que cierran la trilogía de sus "sea romances"– y las novelas semiautobiográficas de joven aprendiz de tritón: *Redburn* (1849) y *White-Jacket* (1850), en las que ya puede intuirse el espectro blanco de su insuperable obra maestra que –junto con los títulos antes citados– resultan textos fundamentales para comprender lo que ocurre con los hombres de a bordo flotando adentro de un barco, con rumbo incierto. *Moby-Dick* (1851) lo hundió como escritor de su tiempo y lo inmortalizó como genio atemporal. Desilusionado, Melville dejó los mares de tinta y optó por ficciones terrenas igualmente extrañas: las sátiras serias de *Pierre* (1852), *Israel Potter* (1855) y la inclasificable y fluvial y narrativamente innovadora *The Confidence Man* (1857), de la que sale buena parte de lo que después haría Thomas Pynchon. De sus cuentos, el más célebre es el sedentario y encallado "Bartleby, el escribiente" donde –junto al "Wakefield" de su gran amigo Hawthorne– inaugura lo kafkiano antes de Kafka. Decidió convertirse en escritor de versos y autopublicarse y regalar sus libros sólo a conocidos. Tuvo una crisis religiosa. Murió pobre pero no sin antes volver al mar: la magistral nouvelle póstuma *Billy Budd* apareció en 1924 y revivió el interés en su raro genio. Moby-Dick sigue esperando que la alcancen segura de que eso es imposible, claro.



Typee



Por Herman Melville

Capítulo primero

El mar. Ansias de tierra. Un barco con nostalgia de la tierra. Destino de los viajeros. Las Marquesas. Aventura de la mujer de un misionero entre los salvajes. Anécdota característica de la reina de Nukuheva.

¡Seis meses en el mar! ¡Sí, lector, como que estoy vivo, seis meses sin avistar tierra; en travesía a la pesca del cachalote bajo el sol abrasador del Ecuador, y zarandeado por las olas del Pacífico, de tan ancha ondulación, con el cielo por encima, el mar alrededor, y nada más! Hacía semanas y semanas que se habían acabado nuestras provisiones frescas. Aquellos gloriosos manojos de plátanos que antes habían adornado nuestras reservas en el alcázar y el castillo, ¡ay! desaparecieron; y las deliciosas naranjas que colgaban de nuestras cofas y estais, también se habían disipado. Sí, todo eso nos dejó, y no nos quedaba más que la cecina de caballo y la galleta marinera. ¡Ah! vosotros, marineros de camarote, que tanta importancia dais a un viaje de catorce días a través del Atlántico, y que relatáis tan patéticamente las privaciones y durezas del mar, cuando, tras de un día de desayunar, almorzar, cenar cinco platos, charlar, jugar a las cartas, y beber ponche de champán, era vuestro triste destino encerraros en camarillas de caoba y arce, y dormir diez horas, sin nada que os molestara sino "esos inútiles de marineros, gritando y pateando encima": ¿qué diríais de seis meses sin avistar tierra?

¡Ah, la visión refrescante de una brizna de hierba; el olor de la fragancia de un puñado de la gredosa tierra! ¿No hay nada fresco a nuestro alrededor? ¿No hay nada verde que mirar? Sí, la parte de dentro de nuestras batayolas está pintada de verde, pero qué color más vil y enfermizo es éste, como si nada que llevase siquiera la semejanza del verdor pudiera florecer a tan fatigosa lejanía de tierra. Hasta la corteza pegada a la leña que usamos para quemar la ha roído y devorado el cerdo del capitán; y hace mucho también que ese mismo cerdo ha sido devorado a su vez.

Hay nada más un inquilino solitario en el gallinero, uno que antaño fue un joven gallito, alegre y gallardo, presumiendo valientemente entre las tímidas gallinas. Pero miradle ahora: ahí está, dormitando todo el día sobre esa perpetua pata única suya. Se aparta asqueado del mohoso grano que tiene delante y del agua salobre que hay en su pequeño bebedero. Sin duda llora a sus perdidas compañeras, que le fueron arrebatadas, literalmente, una a una, sin volverlas a ver. Pero esos días de luto serán pocos, pues Mungo, nuestro cocinero negro, me ha dicho ayer que por fin se ha dado orden, y el destino del pobre Pedro está sellado. Su cuerpo enflaquecido se presentará en la mesa del capitán el próximo domingo, y mucho antes de que anochezca estará sepultado, con todas las ceremonias acostumbradas, bajo el chaleco de ese digno individuo. Nadie creería que haya gente tan cruel como para anhelar la decapitación del desdichado Pedro, pero los marineros rezan a cada momento, como egoístas que son, para que el desgraciado volátil sea llevado a su fin. Dicen que el capitán nunca pondrá rumbo a tierra mientras prevea una comida con carne fresca. Este infeliz pájaro es el único que puede proporcionarla, y una vez que esté devorado, el capitán se volverá sensato. No te deseo mal, Pedro; pero, puesto que estás condenado, antes o después, a sufrir el destino de toda tu raza, si el poner término a tu existencia ha de ser la señal de nuestra liberación, en fin, para decir la verdad, me gustaría que te cortaran el cuello en este mismo instante, pues ¡ah, qué ganas tengo devolver a ver la tierra viva! El mismo viejo barco anhela volver a mirar la tierra por sus escobenes, y Jack Lewis dijo el otro día, cuando el capitán encontró defectuoso su modo de gobernar:

–Bueno, verá, capitán Vangs –dijo el atrevido Jack–: soy un timonel tan bueno como cualquiera que jamás haya puesto mano en las cabillas, pero ninguno de nosotros es capaz ya de gobernar este viejo barco. No podemos mantenerlo en bolina franca: en seguida se pone a arribar; y entonces, capitán, por muy suave que dé caña a sotavento, y trate de seducirlo para que trabaje, no lo toma de buena gana, sino que vuelve a arribar en redondo, y todo es porque sabe que la tierra queda a sotavento, y ya no quiere ir más a barlovento.

Sí, Jack, ¿y por qué iba a querer? ¿Acaso no han crecido en tierra todas sus robustas cuadernas, y no tiene tanta sensibilidad como nosotros?

¡Pobre viejo barco! Su mismo aspecto indica su deseo: ¡qué apariencia más deplorable! La pintura de sus costados, requemada por el sol abrasador, está hinchada y agrietada. Mirad las algas que arrastra consigo, y qué feo racimo de esas horribles lapas se ha formado en torno al codaste; y cada vez que se levanta con una ola, muestra el cobre desgarrado o colgando en jirones mellados.

¡Pobre viejo barco! vuelvo a decir: durante seis meses se ha mecido y ha cabeceado por ahí, sin descansar ni un instante. Pero, ánimo, viejo; espero verte pronto a un tiro de galleta de la alegre tierra, balanceándote a gusto, fondeado en alguna verde ensenada, al abrigo de los vientos estrepitosos.

–¡Hurra, muchachos! Es cosa decidida: ¡la próxima semana pondremos rumbo a las Marquesas!

¡Las Marquesas! ¡Qué extrañas visiones de cosas exóticas evoca este mismo nombre! Huríes desnudas, banquetes caníbalescos, bosquecillos de cocoteros, arrecifes de coral, reyezuelos tatuados y templos de bambú; valles soleados plantados de árboles de pan; canoas talladas danzando en las chispeantes aguas azules; bosques salvajes custodiados por ídolos horribles: *ritos paganos y sacrificios humanos.*

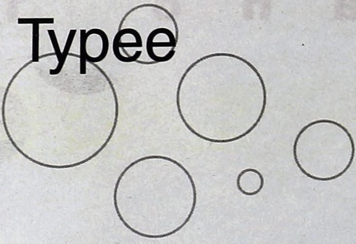
Tales eran las previsiones, extrañamente confusas, que me acosaron durante nuestra travesía desde la zona de pesca. Sentía una curiosidad irresistible por ver esas islas que los antiguos viajeros habían descripto de modo tan encendido.

El archipiélago a que entonces pusimos rumbo (aunque entre los primeros descubrimientos europeos en los mares del Sur, por haber sido visitado por primera vez en 1595) sigue estando habitado por seres tan extraños y tan bárbaros como siempre. Los misioneros enviados en misión celestial continuaron su navegación ante sus amables orillas, y las abandonaron a sus ídolos de madera y piedra. ¡Qué interesantes las circunstancias en que se descubrieron! En la ruta marina de Mendaña, navegando en busca de alguna tierra de oro, esas islas brotaron como un escenario de encantamiento, y por un momento el español creyó que se había realizado su claro sueño. En honor del Marqués de Mendoza, entonces virrey del Perú, bajo cuyos auspicios iba el navegante, les otorgó el nombre que señalaba el rango de su protector, y a su regreso dio al mundo una vaga y esplendorosa noticia sobre su belleza. Pero esas islas, sin molestar durante años y años, volvieron a caer en su anterior oscuridad; y sólo recientemente se ha sabido algo referente a ellas. Ciertamente, una vez en el transcurso de cada medio siglo, algún vagabundo aventurero irrumpiría en su pacífico reposo y, asombrado de la insólita escena, se sentiría casi tentado a reclamar el mérito de un nuevo descubrimiento.

De este interesante grupo de islas se ha dado poca noticia, si exceptuamos la ligera mención que de ellas se hace en los esbozos



Typee





Por Herman Melville

Capítulo primero

El mar. Ansias de tierra. Un barco con nostalgia de la tierra. Destino de los viajeros. Las Marquesas. Aventura de la mujer de un misionero entre los salvajes. Anécdota característica de la reina de Nukuheva.

¡Seis meses en el mar! ¡Sí, lector, como que estoy vivo, seis meses sin avistar tierra; en travesía a la pesca del cachalote bajo el sol abrasador del Ecuador, y zarandeado por las olas del Pacífico, de tan ancha ondulación, con el cielo por encima, el mar alrededor, y nada más! Hacía semanas y semanas que se habían acabado nuestras provisiones frescas. Aquellos gloriosos manojos de plátanos que antes habían adornado nuestras reservas en el alcázar y el castillo, ¡ay! desaparecieron; y las deliciosas naranjas que colgaban de nuestras cofas y estais, también se habían disipado. Sí, todo eso nos dejó, y no nos quedaba más que la cecina de caballo y la galleta marinera. ¡Ah! vosotros, marineros de camarote, que tanta importancia dais a un viaje de catorce días a través del Atlántico, y que relatáis tan patéticamente las privaciones y durezas del mar, cuando, tras de un día de desayunar, almorzar, cenar cinco platos, charlar, jugar a las cartas, y beber ponche de champán, era vuestro triste destino encerraros en camarillas de caoba y arce, y dormir diez horas, sin nada que os molestara sino "esos inútiles de marineros, gritando y pateando encima": ¿qué diríais de seis meses sin avistar tierra?

¡Ah, la visión refrescante de una brizna de hierba; el olor de la fragancia de un puñado de la gredosa tierra! ¿No hay nada fresco a nuestro alrededor? ¿No hay nada verde que mirar? Sí, la parte de dentro de nuestras batayolas está pintada de verde, pero qué color más vil y enfermizo es éste, como si nada que llevase siquiera la semejanza del verdor pudiera florecer a tan fatigosa lejanía de tierra. Hasta la corteza pegada a la leña que usamos para quemar la ha roído y devorado el cerdo del capitán; y hace mucho también que ese mismo cerdo ha sido devorado a su vez.

Hay nada más un inquilino solitario en el gallinero, uno que antaño fue un joven gallito, alegre y gallardo, presumiendo valientemente entre las tímidas gallinas. Pero miradle ahora: ahí está, dormitando todo el día sobre esa perpetua pata única suya. Se aparta asqueado del mohoso grano que tiene delante y del agua salobre que hay en su pequeño bebedero. Sin duda llora a sus perdidas compañeras, que le fueron arrebatadas, literalmente, una a una, sin volverlas a ver. Pero esos días de luto serán pocos, pues Mungo, nuestro cocinero negro, me ha dicho ayer que por fin se ha dado orden, y el destino del pobre Pedro está sellado. Su cuerpo enflaquecido se presentará en la mesa del capitán el próximo domingo, y mucho antes de que anochezca estará sepultado, con todas las ceremonias acostumbradas, bajo el chaleco de ese digno individuo. Nadie creería que haya gente tan cruel como para anhelar la decapitación del desdichado Pedro, pero los marineros rezan a cada momento, como egoístas que son, para que el desgraciado volátil sea llevado a su fin. Dicen que el capitán nunca pondrá rumbo a tierra mientras prevea una comida con carne fresca. Este infeliz pájaro es el único que puede proporcionarla, y una vez que esté devorado, el capitán se volverá sensato. No te deseo mal, Pedro; pero, puesto que estás condenado, antes o después, a sufrir el destino de toda tu raza, si el poner término a tu existencia ha de ser la señal de nuestra liberación, en fin, para decir la verdad, me gustaría que te cortaran el cuello en este mismo instante, pues ¡ah, qué ganas tengo devolver a ver la tierra viva! El mismo viejo barco anhela volver a mirar la tierra por sus escobenes, y Jack Lewis dijo el otro día, cuando el capitán encontró defectuoso su modo de gobernar:

–Bueno, verá, capitán Vangs –dijo el atrevido Jack–: soy un timonel tan bueno como cualquiera que jamás haya puesto mano en las cabillas, pero ninguno de nosotros es capaz ya de gobernar este viejo barco. No podemos mantenerlo en bolina franca: en seguida se pone a arribar; y entonces, capitán, por muy suave que dé caña a sotavento, y trate de seducirlo para que trabaje, no lo toma de buena gana, sino que vuelve a arribar en redondo, y todo es porque sabe que la tierra queda a sotavento, y ya no quiere ir más a barlovento.

Sí, Jack, ¿y por qué iba a querer? ¿Acaso no han crecido en tierra todas sus robustas cuadernas, y no tiene tanta sensibilidad como nosotros?

¡Pobre viejo barco! Su mismo aspecto indica su deseo: ¡qué apariencia más deplorable! La pintura de sus costados, requemada por el sol abrasador, está hinchada y agrietada. Mirad las algas que arrastra consigo, y qué feo racimo de esas horribles lapas se ha formado en torno al codaste; y cada vez que se levanta con una ola, muestra el cobre desgarrado o colgando en jirones mellados.

¡Pobre viejo barco! vuelvo a decir: durante seis meses se ha mecido y ha cabeceado por ahí, sin descansar ni un instante. Pero, ánimo, viejo; espero verte pronto a un tiro de galleta de la alegre tierra, balanceándote a gusto, fondeado en alguna verde ensenada, al abrigo de los vientos estrepitosos.

–¡Hurra, muchachos! Es cosa decidida: ¡la próxima semana pondremos rumbo a las Marquesas!

¡Las Marquesas! ¡Qué extrañas visiones de cosas exóticas evoca este mismo nombre! Huríes desnudas, banquetes canibalescos, bosquecillos de cocoteros, arrecifes de coral, reyezuelos tatuados y templos de bambú; valles soleados plantados de árboles de pan; canoas talladas danzando en las chispeantes aguas azules; bosques salvajes custodiados por ídolos horribles: *ritos paganos y sacrificios humanos*.

Tales eran las previsiones, extrañamente confusas, que me acosaron durante nuestra travesía desde la zona de pesca. Sentía una curiosidad irresistible por ver esas islas que los antiguos viajeros habían descripto de modo tan encendido.

El archipiélago a que entonces pusimos rumbo (aunque entre los primeros descubrimientos europeos en los mares del Sur, por haber sido visitado por primera vez en 1595) sigue estando habitado por seres tan extraños y tan bárbaros como siempre. Los misioneros enviados en misión celestial continuaron su navegación ante sus amables orillas, y las abandonaron a sus ídolos de madera y piedra. ¡Qué interesantes las circunstancias en que se descubrieron! En la ruta marina de Mendaña, navegando en busca de alguna tierra de oro, esas islas brotaron como un escenario de encantamiento, y por un momento el español creyó que se había realizado su claro sueño. En honor del Marqués de Mendoza, entonces virrey del Perú, bajo cuyos auspicios iba el navegante, les otorgó el nombre que señalaba el rango de su protector, y a su regreso dio al mundo una vaga y esplendorosa noticia sobre su belleza. Pero esas islas, sin molestar durante años y años, volvieron a caer en su anterior oscuridad; y sólo recientemente se ha sabido algo referente a ellas. Ciertamente, una vez en el transcurso de cada medio siglo, algún vagabundo aventurero irrumpiría en su pacífico reposo y, asombrado de la insólita escena, se sentiría casi tentado a reclamar el mérito de un nuevo descubrimiento.

De este interesante grupo de islas se ha dado poca noticia, si exceptuamos la ligera mención que de ellas se hace en los esbozos de los viajes por el mar del Sur. Cook, en sus repetidas circunnavegaciones del globo, apenas tocó en sus orillas; y todo lo que de ellas sabemos procede de unos pocos relatos generales. Entre éstos, hay dos que requierenespecial atención. El "Diario del crucero de la fragata norteamericana *Essex*, por el Pacífico, durante la última guerra", de Porter, se dice que contiene algunos detalles interesantes sobre los isleños. Sin embargo, nunca he tenido ocasión de encontrar esta obra. Igualmente, Stewart, capellán de la corbeta americana *Vincennes*, ha dedicado al mismo tema una parte de su libro titulado *Una visita a los mares del Sur*.

En estos últimos años, los barcos americanos e ingleses dedicados a extensas pescas de ballenas en el Pacífico, algunas veces, al encontrarse cortos de provisiones, han entrado en el cómodo puerto que hay en una de las islas, pero el miedo a los indígenas, fundado en el recuerdo del terrible destino que muchos blancos han sufrido a manos de ellos, ha impedido a sus tripulaciones mezclarse con su población lo bastante como para obtener alguna idea de sus peculiares costumbres y usos.

Las misiones protestantes parecen haber desesperado de liberar esas islas del paganismo. El trato que han recibido en todos los casos por parte de los indígenas ha sido tal como para intimidar a los más valientes de sus miembros. Ellis, en sus "Investigaciones polinesias", da ciertos relatos interesantes de los frustrados intentos hechos por la Misión de Tahití para establecer una rama de su misión en ciertas islas del archipiélago. Poco tiempo antes de mi visita a las Marquesas, tuvo lugar un incidente un tanto divertido en relación con esos esfuerzos, que no puedo menos de relatar.

Un intrépido misionero, sin arredrarse por el escaso éxito encontrado en todos los anteriores intentos de conciliarse a los salvajes, y teniendo mucha fe en la influencia femenina, introdujo entre ellos a su joven y hermosa mujer, la primera mujer blanca que había visitado jamás sus orillas. Los isleños al principio miraron con muda admiración tan insólito prodigio, y parecieron inclinados a considerarlo como una nueva divinidad. Pero, al cabo de poco tiempo, habiéndose acostumbrado a su aspecto encantador, y celosos de los pliegues que envolvían su figura, trataron de penetrar el sagrado velo de algodón en que estaba custodiada y, al satisfacer su curiosidad, traspasaron tanto los límites de la buena educación, que ofendieron profundamente el sentido del decoro de la dama. Una vez comprobado su sexo, su idolatría se cambió en desprecio, y no tuvo fin la burla que les prodigaron los salvajes, exasperados por el engaño que comprendieron que se les había aplicado. Con horror de su amante esposo, fue despojada de sus vestiduras, y se le dio a entender que no podía seguir practicando sus engaños con impunidad. La gentil dama no estaba lo bastante evangelizada como para soportarlo y, temiendo ulteriores inconvenientes, obligó a su marido a abandonar su empresa, y regresaron juntos a Tahití.

No tan esquiva a la exhibición de sus encantos era la propia reina de la isla, la hermosa esposa de Mowanna, el rey de Nukuheva. Dos o tres años después de las aventuras anotadas en este libro, toqué por casualidad en esas islas, a bordo de un buque de guerra. Los franceses llevaban entonces algún tiempo en posesión de las Marquesas, y ya se enorgullecían de los efectos benéficos de su jurisdicción, en cuanto que se observaba en el comportamiento de los indígenas. Verdad es que en uno de sus esfuerzos por reformarles habían hecho una matanza de ciento cincuenta de ellos en Whitihu; pero dejémoslo estar. En la época a que me refiero, la escuadra francesa se había reunido con la nuestra en la bahía de Nukuheva y, durante una entrevista entre uno de sus capitanes y nuestro digno comodoro, sugirió aquél que nosotros, como buque-insignia de la escuadra americana, recibiéramos solemnemente una visita de la pareja real. El oficial francés dio también a entender, con evidente satisfacción, que bajo su tutoría, el rey y la reina habían absorbido ideas adecuadas sobre su elevado rango, y que en todas las ceremonias se conducían con la dignidad debida. En consecuencia, se hicieron preparativos para dar a Sus Majestades un recibimiento a bordo en estilo correspondiente a su rango. Una clara tarde, una falúa, alegremente adornada con gallardetes, se vio alejarse del costado de una de las fragatas francesas, y remar derecha hacia nuestro portalón. En las escotas de popa se reclinaban Mowanna y su consorte. Al acercarse, les concedimos todos los honores debidos a la realeza: poniendo marineros en las vergas, disparando una salva, y haciendo un estrépito prodigioso.

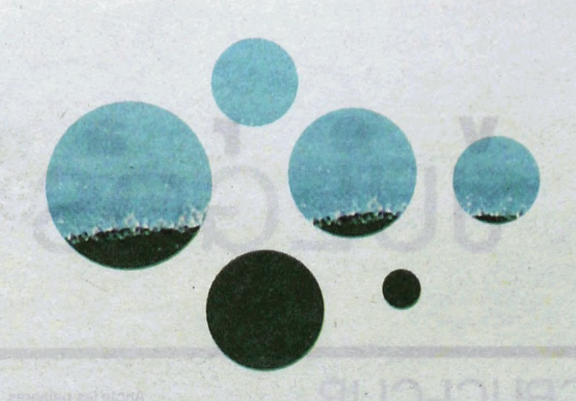
Subieron por la escalada del portalón; el comodoro les saludó, sombrero en mano y, recorriendo el alcázar, la guardia presentó armas, mientras la banda tocaba "El Rey de las Islas Caníbales". Hasta ahí todo marchó bien. Los oficiales franceses hacían muecas y sonreían de magnífico humor, admirablemente satisfechos de la discreción con que se comportaban tan distinguidos personajes.

Su aspecto, desde luego, estaba calculado para producir gran efecto. El rey iba engalanado con un magnífico uniforme militar, rígido de encaje de oro y de bordados, mientras que su coronilla afeitada quedaba oculta por un enorme *chapeau bas*, ondulante de plumas de avestruz. Un ligero inconveniente había, sin embargo, en su presencia: todo a lo largo de la cara se extendía una ancha banda de tatuaje, a la altura de los ojos, haciendo que pareciera llevar unas grandes gafas; y eso de la realeza con gafas sugería ideas extrañas. Pero en el adorno de su morena esposa era donde los sastres de la flota habían mostrado la alegría de su gusto nacional. Iba revestida de una viva gasa de tejido escarlata, bordeada de seda amarilla que, bajando un poco más allá de las rodillas, dejaba a la vista sus piernas, embellecidas con tatuajes en espiral, algo parecidas a dos columnas de Trajano en miniatura. En la cabeza llevaba un fantasioso turbante de terciopelo púrpura, adornado con puntillas de plata, y coronado con un mechón de plumas abigarradas.

La tripulación del barco, agolpada junto al portalón para observar el espectáculo, pronto atrajo la atención de la reina. De entre todos ellos, eligió a un viejo lobo de mar, cuyos brazos, pies y pecho al descubierto estaban cubiertos de tantas inscripciones con tinta china como la tapa de un sarcófago egipcio. A pesar de todas las maliciosas indicaciones y protestas de los oficiales franceses, se acercó inmediatamente al marinero, y abriéndole más la pechera de su blusón de dril, y remangándole la pernera de sus anchos pantalones, observó con admiración los alfilerazos en azul claro y bermellón que así se revelaban a la vista. Se inclinó sobre el hombre, acariciándole, y expresó su placer con una variedad de exclamaciones y gestos locos. Se puede imaginar fácilmente el apuro de los corteses galos ante tan imprevisto suceso; pero hay que figurarse su consternación, cuando de repente la real dama, ansiosa de exhibir los jeroglíficos de su dulce figura, se inclinó hacia delante un momento, y volviéndose de pronto de espaldas, echó para arriba las faldas de su manto, y reveló un espectáculo ante el cual los horrorizados franceses se retiraron precipitadamente y entrando a tropezones en su lancha, huyeron del escenario de tan desagradable catástrofe. ●

Se reproduce por gentileza de Valdemar Editores.





de los viajes por el mar del Sur. Cook, en sus repetidas circunnavegaciones del globo, apenas tocó en sus orillas; y todo lo que de ellas sabemos procede de unos pocos relatos generales. Entre éstos, hay dos que requierenespecial atención. El "Diario del crucero de la fragata norteamericana *Essex*, por el Pacífico, durante la última guerra", de Porter, se dice que contiene algunos detalles interesantes sobre los isleños. Sin embargo, nunca he tenido ocasión de encontrar esta obra. Igualmente, Stewart, capellán de la corbeta americana *Vincennes*, ha dedicado al mismo tema una parte de su libro titulado *Una visita a los mares del Sur*.

En estos últimos años, los barcos americanos e ingleses dedicados a extensas pescas de ballenas en el Pacífico, algunas veces, al encontrarse cortos de provisiones, han entrado en el cómodo puerto que hay en una de las islas, pero el miedo a los indígenas, fundado en el recuerdo del terrible destino que muchos blancos han sufrido a manos de ellos, ha impedido a sus tripulaciones mezclarse con su población lo bastante como para obtener alguna idea de sus peculiares costumbres y usos.

Las misiones protestantes parecen haber desesperado de liberar esas islas del paganismo. El trato que han recibido en todos los casos por parte de los indígenas ha sido tal como para intimidar a los más valientes de sus miembros. Ellis, en sus "Investigaciones polinesias", da ciertos relatos interesantes de los frustrados intentos hechos por la Misión de Tahití para establecer una rama de su misión en ciertas islas del archipiélago. Poco tiempo antes de mi visita a las Marquesas, tuvo lugar un incidente un tanto divertido en relación con esos esfuerzos, que no puedo menos de relatar.

Un intrépido misionero, sin arredrarse por el escaso éxito encontrado en todos los anteriores intentos de conciliarse a los salvajes, y teniendo mucha fe en la influencia femenina, introdujo entre ellos a su joven y hermosa mujer, la primera mujer blanca que había visitado jamás sus orillas. Los isleños al principio miraron con muda admiración tan insólito prodigio, y parecieron inclinados a considerarlo como una nueva divinidad. Pero, al cabo de poco tiempo, habiéndose acostumbrado a su aspecto encantador, y celosos de los pliegues que envolvían su figura, trataron de penetrar el sagrado velo de algodón en que estaba custodiada y, al satisfacer su curiosidad, traspasaron tanto los límites de la buena educación, que ofendieron profundamente el sentido del decoro de la dama. Una vez comprobado su sexo, su idolatría se cambió en desprecio, y no tuvo fin la burla que les prodigaron los salvajes, exasperados por el engaño que comprendieron que se les había aplicado. Con horror de su amante esposo, fue despojada de sus vestiduras, y se le dio a entender que no podía seguir practicando sus engaños con impunidad. La gentil dama no estaba lo bastante evangelizada como para soportarlo y, temiendo ulteriores inconvenientes, obligó a su marido a abandonar su empresa, y regresaron juntos a Tahití.

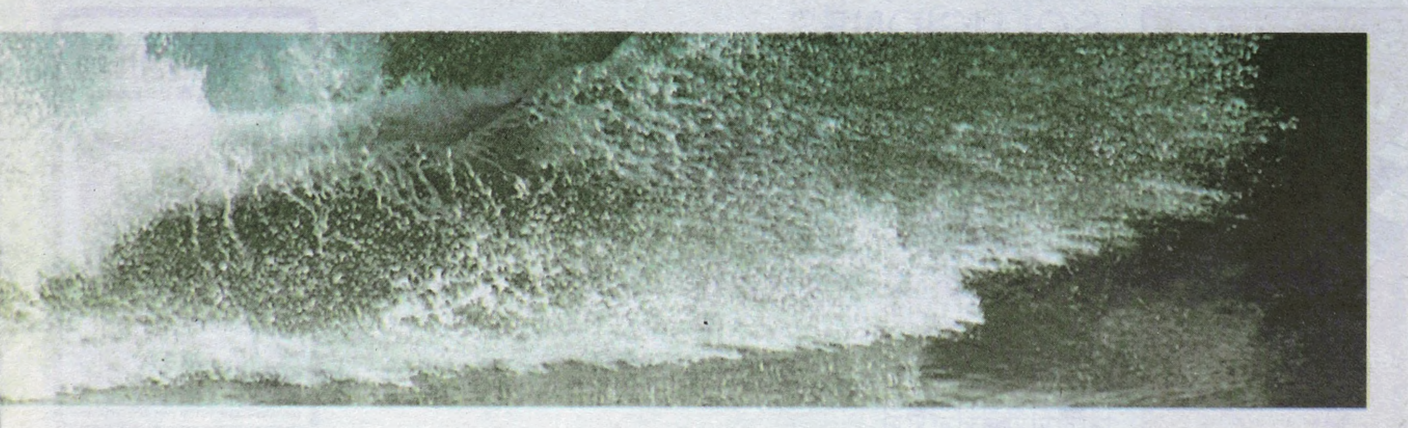
No tan esquiva a la exhibición de sus encantos era la propia reina de la isla, la hermosa esposa de Mowanna, el rey de Nukuheva. Dos o tres años después de las aventuras anotadas en este libro, toqué por casualidad en esas islas, a bordo de un buque de guerra. Los franceses llevaban entonces algún tiempo en posesión de las Marquesas, y ya se enorgullecían de los efectos benéficos de su jurisdicción, en cuanto que se observaba en el comportamiento de los indígenas. Verdad es que en uno de sus esfuerzos por reformarles habían hecho una matanza de ciento cincuenta de ellos en Whitihu; pero dejémoslo estar. En la época a que me refiero, la escuadra francesa se había reunido con la nuestra en la bahía de Nukuheva y, durante una entrevista entre uno de sus capitanes y nuestro digno comodoro, sugirió aquél que nosotros, como buque-insignia de la escuadra americana, recibiéramos solemnemente una visita de la pareja real. El oficial francés dio también a entender, con evidente satisfacción, que bajo su tutoría, el rey y la reina habían absorbido ideas adecuadas sobre su elevado rango, y que en todas las ceremonias se conducían con la dignidad debida. En consecuencia, se hicieron preparativos para dar a Sus Majestades un recibimiento a bordo en estilo correspondiente a su rango. Una clara tarde, una falúa, alegremente adornada con gallardetes, se vio alejarse del costado de una de las fragatas francesas, y remar derecha hacia nuestro portalón. En las escotas de popa se reclinaban Mowanna y su consorte. Al acercarse, les concedimos todos los honores debidos a la realeza: poniendo marineros en las vergas, disparando una salva, y haciendo un estrépito prodigioso.

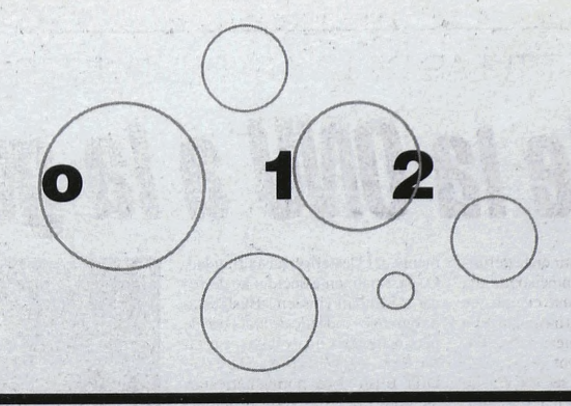
Subieron por la escalada del portalón; el comodoro les saludó, sombrero en mano y, recorriendo el alcázar, la guardia presentó armas, mientras la banda tocaba "El Rey de las Islas Caníbales". Hasta ahí todo marchó bien. Los oficiales franceses hacían muecas y sonreían de magnífico humor, admirablemente satisfechos de la discreción con que se comportaban tan distinguidos personajes.

Su aspecto, desde luego, estaba calculado para producir gran efecto. El rey iba engalanado con un magnífico uniforme militar, rígido de encaje de oro y de bordados, mientras que su coronilla afeitada quedaba oculta por un enorme *chapeau bas*, ondulante de plumas de avestruz. Un ligero inconveniente había, sin embargo, en su presencia: todo a lo largo de la cara se extendía una ancha banda de tatuaje, a la altura de los ojos, haciendo que pareciera llevar unas grandes gafas; y eso de la realeza con gafas sugería ideas extrañas. Pero en el adorno de su morena esposa era donde los sastres de la flota habían mostrado la alegría de su gusto nacional. Iba revestida de una viva gasa de tejido escarlata, bordeada de seda amarilla que, bajando un poco más allá de las rodillas, dejaba a la vista sus piernas, embellecidas con tatuajes en espiral, algo parecidas a dos columnas de Trajano en miniatura. En la cabeza llevaba un fantasioso turbante de terciopelo púrpura, adornado con puntillas de plata, y coronado con un mechón de plumas abigarradas.

La tripulación del barco, agolpada junto al portalón para observar el espectáculo, pronto atrajo la atención de la reina. De entre todos ellos, eligió a un viejo lobo de mar, cuyos brazos, pies y pecho al descubierto estaban cubiertos de tantas inscripciones con tinta china como la tapa de un sarcófago egipcio. A pesar de todas las maliciosas indicaciones y protestas de los oficiales franceses, se acercó inmediatamente al marinero, y abriéndole más la pechera de su blusón de dril, y remangándole la pernera de sus anchos pantalones, observó con admiración los alfilerazos en azul claro y bermellón que así se revelaban a la vista. Se inclinó sobre el hombre, acariciándole, y expresó su placer con una variedad de exclamaciones y gestos locos. Se puede imaginar fácilmente el apuro de los corteses galos ante tan imprevisto suceso; pero hay que figurarse su consternación, cuando de repente la real dama, ansiosa de exhibir los jeroglíficos de su dulce figura, se inclinó hacia delante un momento, y volviéndose de pronto de espaldas, echó para arriba las faldas de su manto, y reveló un espectáculo ante el cual los horrorizados franceses se retiraron precipitadamente y entrando a tropezones en su lancha, huyeron del escenario de tan desagradable catástrofe. ●

Se reproduce por gentileza de Valdemar Editores.





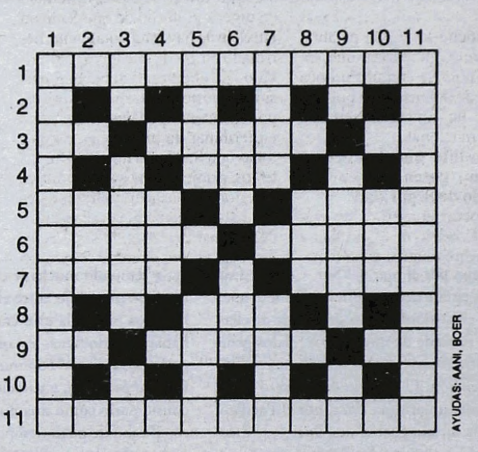
JUEGOS

CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

- PORCIÓN. TROZO
- NEOCATÓLICAS
- PERTENECIENTE A LA CORTE
- SEMILLAS DEL MELON
- PASE POR RALLADOR
- ZONZA
- TELA ATERCIOPELADA
- VENTAJAS
- ISLA DE GRECIA
- (ANOUK) ACTRIZ FRANCESA
- PLACA RADIAL SELECTORA
- DISPOSICION GENERAL DE UNA OBRA
- ENFERMEDAD VENEREA
- FLOR ACUÁTICA
- ASUNTO. MATERIA
- ACEITOSA
- QUE PRESTA CON USURA
- MADRIGUERA DE LA ZORRA
- GARANTIZAR
- SOÑADORAS
- ESTATUA ENORME
- CANAL QUE SEPARA ASIA DE AFRICA
- DESVAN. ULTIMO PISO DE UNA CASA
- (CHUCK) PIONERO DEL ROCK & ROLL
- DERIVACION. RAMIFICACION
- SE MOVIO POR EL AIRE
- (RAYMOND) ACTOR DE EEUU
- CAUSAR ULCERA. LLAGAR
- LLANO. SIN ASPEREZAS
- EMPUJE EL BOTE CON LOS REMOS
- CORTAR CON LA SIERRA O SERRUCHO
- DE RUSIA
- EMBARCACION LIGERA

CLASICO



HORIZONTALES

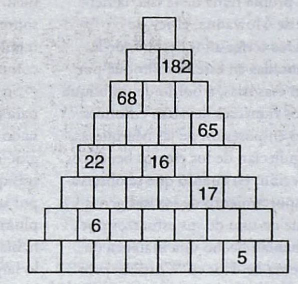
1. Ancho de un avión.
3. Tantalio./ Ir en contra de la ley divina./ 3,1416.
4. Entregar.
5. Nombre de mujer./ Prefijo: todo.
6. Estado adulto de un insecto./ Film de Ridley Scott.
7. Mono sagrado de los egipcios./ Dios del sol peruano.
8. Segunda letra del abecedario hebreo.
9. Apócope de mamá./ Moneda de EE.UU./ Afirmación.
11. Reflejaban, resonaban.

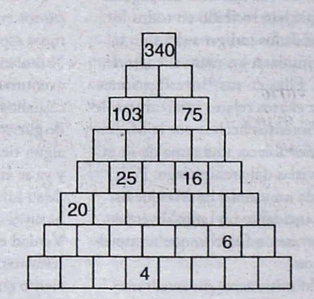
VERTICALES

1. Causar exaltación de ánimo.
2. Dueña de casa.
3. Acude./ Semilla pequeña./ Long Play.
4. Año geofísico internacional.
5. (Oliver) Actor inglés./ Habitante del Africa austral.
6. Oxido de calcio./ Gelatina.
7. Quitar a algo el aspecto de nuevo, por el maltrato./ Prohibición religiosa.
8. Olfateé.
9. Ciudad de Caldea./ Cuerpo derivado del amoníaco./ Símbolo del litio.
10. Empresa de electrónica.
11. Acción de adivinar.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados





Super Libro DE MENTE
La mayor colección de entretenimientos variados
Búsquelo en su kiosco

SOLUCIONES

CRUCI-CLIP

CLASICO

PIRAMIDES NUMERICAS

